

LA GUITARRA DE MI ABUELO

Angélica Paternina Chams¹

Sakura Galvis Guerrero²



Érase una vez, en una pequeña casita de madera ubicada en Minca, cerca de la Sierra Nevada de Santa Marta, los restos de una vieja guitarra. Don Salomón Cruz la llamaba con cariño “*Mi Gaviota*”. Aunque estaba en muy mal estado —la madera desgastada, las

cuerdas rotas y algunas incluso ausentes— guardaba una historia capaz de ablandar corazones y marcar la memoria de una de las familias cafeteras más queridas de la región.

¹ Estudiante de grado XI del Colegio Modelo de la Costa

La historia comienza en la casa más humilde del pueblo, donde vivía un niño junto a su abuelo. Aquel niño era Salomón Cruz, y su abuelo, el señor Abraham Cruz, trabajaba día y noche vendiendo sus granos de café a los turistas viajeros, con el único propósito de cuidar a su nieto. Un incendio había arrebatado la vida de los padres del pequeño, y desde entonces el abuelo fue su único refugio.

El 15 de mayo, Salomón estaba a punto de cumplir ocho años. A pesar de su corta edad, era un niño valiente, soñador y con un anhelo inmenso: ser cantante y alegrar a las familias del pueblo con su música. Don Abraham siempre apoyó los sueños de su nieto y, antes de morir, un 20 de mayo —apenas un día después del cumpleaños de Salomón— le entregó una guitarra hecha por sus propias manos, a la que llamó *“La Gaviota”*.

Abraham Cruz fue un hombre honorable y bondadoso, cuya partida, a los 67 años, dejó un vacío imposible de llenar. Tras su muerte, Salomón debió valerse por sí mismo. Vendía

café en las calles y, en sus ratos libres, cantaba canciones a la tumba de su amado abuelo. Con el tiempo, sus melodías comenzaron a atraer a la gente que, además de comprarle café, se quedaba a escucharlo.

Poco después, su voz y aquella guitarra no solo acompañaban a su abuelo, sino que llevaban de alegría a todo el pueblo. Así, la guitarra hecha con amor por un abuelo se convirtió en el primer paso de un joven carismático que, con su música y su noble corazón, logró salir de la pobreza. Con esfuerzo abrió una cafetería muy famosa, en la que él era la estrella principal. Allí, sus historias y canciones dedicadas a su abuelo hacían brillar cada noche el lugar.

Hoy aquella cafetería, construida en una casita de madera, yace en ruinas y polvo. La guitarra que ayudó a Salomón Cruz a salir adelante está abandonada, al igual que la tumba de su abuelo. Sin embargo, nadie olvida cómo, alguna vez, su melodía conquistó cada corazón de ese pequeño pueblo.